

Guatemala: no basta el coraje

Torres-Rivas, Edelberto

Edelberto Torres-Rivas: Cientista social guatemalteco. Secretario General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, Costa Rica.

Con la elección de Vinicio Cerezo, en febrero de 1986, los entusiasmos democráticos parecieron despertar. La suya fue, sin duda, una victoria popular. Es cierto que también hubo escépticos y descreídos. Pero los ilusionados fueron más. Hoy día, cuatro años después, es bueno preguntarse por el destino de aquellas esperanzas políticas. Según se prueba en Guatemala, ellas sólo prosperan cuando las conductas reales las alimentan cotidianamente.

Son diversas las experiencias que ejemplifican sobre la naturaleza de la democracia posible en muchas sociedades latinoamericanas como en Guatemala. Elecciones sin fraude en sociedades donde el terror es experiencia común y cotidiana, sólo constituyen un paso en la larga construcción democrática. Es cierto que no hubo necesidad del acto delictuoso que, en la tradición nacional, se practicaba últimamente en el momento del escrutinio. Pero a la libertad ciudadana, como se indica más adelante, le faltó contenido y calidad. También hubo escogencia de un líder de la oposición civil, con amplio respaldo electoral. Se interrumpió un ciclo de casi veinte años de gobiernos militares, pero sin duda por esta razón, no disminuyó en lo más mínimo el poder de facto del ejército, construido más allá de finalidades contrainsurgentes. El proceso democratizador enfrentó así obstáculos desde arriba y por abajo y también por ambos flancos.

Por arriba, porque la construcción estatal es débil, pero autoritaria, y si las instituciones desde las cuales se instrumentaliza el poder no tienen dimensión de autoridad, lo que queda es violencia pura. Por abajo, porque todos los ciudadanos lo son; una mayoría - población indígena - tal vez sólo percibe su cualidad ciudadana en el momento del voto. Cumple por cierto así con una obligación legal. Antes y después constituye una masa aplastada por la miseria, la humillación del racismo, la ausencia de educación, la más completa subordinación política y, por períodos la extrema violencia. Por los lados, los problemas tienen otra dimensión. La derecha es fuerte, cultiva conductas de fuerza y está excesivamente organizada. Diríase, atrincherada, en sus cámaras gremiales, donde sus líderes, como patronos, actúan con extraordinaria coherencia ideológica, aunque luego estén dispersos en la competencia política. Por el lado de la izquierda, una débil organización política que no

alcanza a salir de la penumbra, pero una activa izquierda insurreccional. Una guerrilla endémica, incapaz de articular una victoria, pero suficiente para mantener vivo el fuego homicida de la contrainsurgencia.

Mala y poca

El resultado de este conjunto de factores adversos, es que la cantidad de democracia que existe en la sociedad guatemalteca es de mala calidad y es poca. La expresión cuantitativa es del teórico italiano Sartori y aunque no es un problema de medición, alude al conjunto de experiencias que se vinculan con valores de tolerancia, conductas participatorias, formas de organización en relación a situaciones históricas previas o comparativas, y no a una definición normativa. Y es en esta evaluación que las pistas se pierden en los laberintos de la subjetividad, de la fuerza con que la realidad eminente es percibida.

Hay sin duda algunos fenómenos que están ahí y no pueden ignorarse: un gobierno civil, un parlamento multipartidario, una sociedad que demanda y se organiza estableciendo un juego de competencias en el nivel partidario. Las presiones sociales vienen, se crean expectativas y la sociedad vive una experiencia distinta de la experiencia de la dictadura militar. Es esta diferencia de percepciones, de vivencias, de condiciones, lo que a contrapelo de lo que era atrocemente autoritario, calificamos con prisa de «transición democrática».

No es una transición si la conceptualización teórica se respeta. Esto es como la imagen del que empieza a construir un puente, ladrillo a ladrillo, pero no ve la otra orilla. En otras palabras, la estructura autoritaria ni se descompone ni se desarticula internamente. Las fuerzas sociales partidarias de la democracia son inferiores por su debilidad orgánica e ideológica. Los hábitos creados por el terror persisten, porque éste no desaparece. Los aspectos fundantes parecen no haberse modificado.

Veamos esto rápidamente: el gobierno civil funciona en el cuadro de un Estado militarizado, en el sentido de que los recursos del poder están fuertemente asegurados por el Ejército. La tradición partidaria es insuficiente, porque los partidos no tienen fuerza para trascender las tendencias al fraccionamiento, al personalismo, al oportunismo de la coyuntura; la mayor parte no tiene organización nacional y funciona como agente administrativo de una elección. Tal vez la expresión de esta crisis de larga duración la exhiba el partido gobernante, la Democracia Cristiana, desgastada al igual que la de El Salvador por el ejercicio incompetente y a ratos corrupto el gobierno y fraccionada por lealtades sin principio, en dos grupos irrecon-

ciliables. La sociedad se organiza, pero con clara ventaja, desde hace veinticinco años, para los gremios empresariales, cuya capacidad de movilización, de influencia y de recursos orgánicos convierten al CACIF (la confederación de todas las federaciones en las que puede organizarse el sector privado, incluyendo la pequeña y mediana empresa) en la mayor fuerza política de Guatemala, junto al ejército. Una apreciación de esta naturaleza merecería una explicación imposible de dar aquí.

Otros sectores de la sociedad también han intentado organizarse, han creado liderazgos, establecido reivindicaciones, etc. Pero las cosas ocurren con otra lógica. Dos de los principales ayudantes del más importante líder campesino el sacerdote José María Furlan (el padre Chemita), han sido asesinados. El único periódico de oposición, el semanario La Epoca, no fue prohibido por el gobierno, sino dinamitadas sus instalaciones por un escuadrón experto en técnicas terroristas.

Son 2.000

En estos cuatro años de gobierno el número de desaparecidos disminuyó, pero hay más de 2.000 muertos políticos o desaparecidos. Y ni un solo preso político. Dos intentos de golpes de Estado (mayo de 1988 y 1989), por parte de la fracción militar más vinculada al empresariado agrícola, han sido frustrados, al precio de recortar aún más el poder civil. Otros tantos intentos de reformar las leyes fiscales para fortalecer las finanzas públicas, han sido resistidas por el empresariado con movilizaciones políticas que confirman la hipótesis del politólogo norteamericano Baloyra, de que la oligarquía guatemalteca no quiere ni democracia ni pagar impuestos. El movimiento sindical ha crecido y ha organizado, con creciente apoyo popular, demandas frente a carencias urgentes, pero imposibles de satisfacer. El Estado no es capaz de manejar tales presiones con métodos democráticos, en la medida en que la economía no lo es para satisfacer, con su errático crecimiento, tales demandas.

El juicio histórico para establecer la naturaleza de los logros democráticos resulta, en las condiciones de Guatemala, de naturaleza elemental. El respeto a los derechos humanos constituye la primera y la más sensible de las condiciones democráticas. La sociedad guatemalteca tiene un atormentado y sangriento pasado, difícil de conocer o de imaginar para los latinoamericanos, aun para aquellos que de manera más directa se interesan por los asuntos de la región. Por ello, la piedra de toque de la construcción de un régimen democrático, de cualquier signo, requiere detener la matanza, sustituir la desaparición de ciudadanos por su conversión en pri-

sioneros políticos. Aplicar la ley primero. Devolver una confianza elemental en las instituciones y en los funcionarios. Sustituir el miedo por el respeto a la autoridad.

Miedo = Violencia impune

Sería incompleta la referencia a la cultura del miedo si no dijera que es un hecho contemporáneo. Cambió profundamente de calidad y se extendió a toda la población en los últimos veinte años. El miedo es resultado de la violencia impune. La que no se puede resistir, porque la ejecutan fuerzas superiores, a veces desconocidas. Resistir la violencia o denunciarla es aún peor. Atrae más violencia. El resultado es el desamparo total. Se le practica con saña innecesaria por diversos grupos de desigual capacidad técnica y con odios más o menos profundos, desde diversas justificaciones ideológicas. Es decir, aquí incluimos el Ejército, los grupos paramilitares (escuadrones de la muerte), los grupos privados de guardaespaldas de políticos y empresarios, la guerrilla, los «gangs» juveniles y finalmente todos, cuando se convencen que los límites entre la justicia oficial y la privada son inconsistentes o inútiles, que la majestad de la ley se perdió.

Es evidente que si no se pone fin a la violencia estatal, la violencia privada no cesará. El asunto es que en las condiciones actuales es difícil detener a la que viene de los flancos, de arriba o de abajo, porque se alimentan mutuamente. ¿Quién debe parar primero? El respeto a los derechos humanos comienza por el derecho primario a la vida. En tales condiciones, los movimientos sociales de protesta prefiguran riesgos mortales. En las zonas rurales el riesgo es mayor y desproporcionado. El juego democrático, con toda su formalidad, es un asunto de élites políticas, militantes todas, urbanas. Pero como las reglas del juego no se respetan por nadie, la muerte y el miedo acechan. Vinicio Barillas, ex-secretario general de la Democracia Cristiana y hasta hace poco embajador de Guatemala en España, fue asesinado según la tradición guatemalteca del asesinato político: frente a la familia, a plena luz del día, con impunidad total. Barillas murió el 1° de agosto de 1989. En los diez días siguientes se reportaron siete nuevos crímenes políticos. Los partidos continúan sus divisiones internas, las elecciones vienen y los problemas sociales y económicos persisten.

Una huelga magisterial, a la que se han sumado más de 100.000 trabajadores (del sector público en su mayoría) se mantuvo en agosto de 1989. En su génesis y desarrollo, este movimiento prueba que no basta el coraje para construir una convivencia democrática. Una sociedad polarizada socialmente repite en el nivel de su cultura política y de su juego ideológico un desencuentro permanente. La vida políti-

ca está alimentada por el rencor que producen más de cien mil muertos. Las luchas sociales ponen a prueba la madurez de las partes para alcanzar un acuerdo. Todos olvidan que la democracia no es más que un mecanismo para resolver conflictos, respetando los derechos de todos, para establecer consensos. Solamente para que sea el punto de partida de una sociedad mejor.